



# Los métodos en debate : la marca de los dualismos en la geografía feminista

Autor:  
Quintero, Silvina

Revista  
Mora

1999, N°5, pp. 75-89



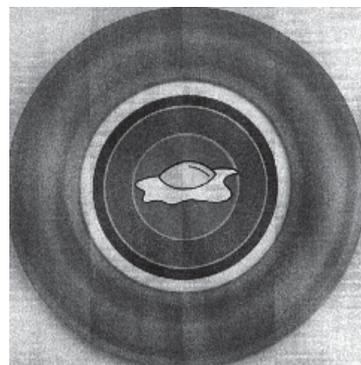
Artículo



# Los métodos en debate

## La marca de los dualismos en la geografía feminista

Silvina Quintero\*



Este trabajo constituye un intento por ordenar y clarificar los ejes de un debate metodológico que toma lugar en el marco de los estudios de género en geografía. Nació de una preocupación derivada del cruce de dos planos de mi experiencia profesional: uno proviene del intento por ejercitar una mirada reflexiva sobre las implicancias de la diferencia sexual y de género sobre la práctica de investigación; el otro resulta del modo en que la saludable proliferación de las perspectivas de género en los medios académicos me sitúa simbólicamente como *insider* “natural” del campo de estudios de género –algo de esto se discutirá más adelante–. Ambas situaciones me fueron llevando a problematizar los modos en que la simbolización de género interviene marcando las prácticas y situaciones que constituyen la práctica de investigación.

En mis primeras aproximaciones a los estudios de género en geografía me sorprendió la frecuen-

te sinonimia entre género y sexo, combinada con un consenso muy arraigado entre *insiders* y *outsiders* del campo en considerar a los estudios de género como estudios hechos sobre, por y para las mujeres. Sumado a ello, percibía un aparente consenso teórico y político detrás de la recurrencia al término “feminista” para identificarlo, nuevamente, con “perspectiva de género”. El tono dominante de la literatura que aquí se revisa asume que toda “geografía de género” es o debe ser una “geografía feminista”. Este rasgo no parece ser privativo del campo de la geografía, sino el resultado no completamente previsto de una serie de políticas académicas destinadas a legitimar la perspectiva de género en los medios anglosajones, estrategia que parece haber derramado sus efectos sobre otros medios atentos a sus desarrollos<sup>1</sup>.

Aún cuando no sea extensible a toda la producción de estudios de género en geografía, una gran par-

te de las geógrafas feministas parece tolerar una sinonimia poco reflexiva entre los términos “mujer”, “femenino” y “género”, sobreprotegida por la presunción de que existe un consenso cognitivo y político entre las geógrafas feministas (si no entre todas las mujeres) acerca del contenido de estos términos<sup>2</sup>. Creo que el soslayamiento de esta identificación entre género y sexo podría estar obstaculizando el debate acerca del alcance y el sentido del uso de la categoría de lo femenino al interior del propio campo de los estudios de género en geografía. La reticencia a encarar este debate podría tener un efecto de perifereización de los estudios de género, habitualmente tomados por las corrientes dominantes como una moda sin implicancias serias sobre el núcleo de los problemas de la disciplina ni sobre las posiciones teóricas y políticas desde las cuales se ejercita la tarea profesional.

Este debate todavía pendiente está emergiendo en una zona de

\* Docente e investigadora del Depto./Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

<sup>1</sup> Cfr. LAMAS, M. *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género*, **La ventana**, 1995, v. 1, pp. 10-61; CASTILLO, E., *Para hablar de género hay que tener tela. Comentarios metodológicos sobre la antropología de género*, PUBLICAR, año 2, v. 3, sept. 1993, pp. 19-25.

<sup>2</sup> v.g. MACKENZIE, S. *Restructuring the relations of work and life: women as environmental actors, feminism as geographic analysis*, en: **Remaking Human Geography**, Kobayashi, A. y Mackenzie, S. (eds.), Boston, Unwin Hyman, 1989, p. 43.

cruces entre diversos campos de investigación de género en geografía, la de las estrategias metodológicas. Las sinonimias y sobreentendidos en torno a las asociaciones entre mujer-femenino-feminista parecen tornarse insostenibles cuando pretenden ser mantenidas en los debates metodológicos referidos a la práctica de investigación dentro de los estudios de género en geografía. Quizás uno de los motivos de que la polémica en torno al uso de la categoría de lo femenino por las mujeres feministas emerja en este lugar, se deba a que en el debate metodológico también pueden leerse los rastros de una historia de discriminaciones marcada por la devaluación y el sometimiento de lo femenino. Anclada en una tradición donde todavía perdura un sexismo simbólico trasladado a las técnicas, la polémica metodológica suma así su propio dualismo, al articular la investigación cuantitativa con los atributos de lo masculino, y la investigación cualitativa con los atributos de lo femenino. Esta cuestión, que fue la que me inclinó a profundizar en los ejes peculiares de los debates metodológicos en los estudios de género, se constituyó en vía de entrada para revisar un debate más profundo y más amplio, referido a la primera de las preocupaciones señaladas: las posiciones que se juegan en los usos de las categorías de sexo, género y feminista en el campo de los estudios de género en geografía.



En este trabajo se examinarán algunas cuestiones concernientes al modo en que se estructuran ciertos ejes de debate en el campo de los estudios de género en geografía. Me propongo recuperar algunos aspectos del debate metodológico que está emergiendo en el campo de la geografía de género/feminista, para rastrear en él las pistas del debate teórico y epistemológico relegado que más me interesa: el de los usos de las categorías de sexo y género como instrumentos conceptuales que plantean nuevos puntos de vista para abordar las relaciones sociales y las construcciones culturales. Al dibujar los trazos dominantes del debate metodológico, intentaré a su vez volcar sobre las autoras / actrices las herramientas de sus propias políticas discursivas, proponiendo una mirada de género

sobre los modos de estructuración de las posiciones académicas en el campo de la geografía profesional. En la lectura sobre estos posicionamientos, partiré de entender que la utilización de las categorías de género, femenino, feminista y mujer(es) constituyen formas de situarse en el debate teórico y político sobre las relaciones sociales entre los sexos<sup>3</sup>.

### **1. ¿Geografía feminista o estudios de género en geografía? Un objeto teórico en construcción**

Como en otros campos de la investigación social, los estudios de género empiezan a delinear un perfil propio dentro del campo disciplinar de la geografía bajo la forma de un área de estudios sobre las mujeres, que desde los años setenta comenzó a documentar -y con ello inscribir- su presencia en las diversas esferas de la estructura social<sup>4</sup>. Aquella fue claramente una “geografía de las mujeres”, hecha por mujeres y sobre mujeres, que si por un lado colocó la cuestión de la asimetría de las relaciones entre los sexos en la agenda de investigaciones, por otro tendió a circunscribir una esfera cerrada de los “problemas de la mujer” que tornaba difícil problematizar las relaciones entre los sexos.

El itinerario posterior de los estudios de género en geografía

<sup>3</sup> LAMAS, M. ob.cit. p. 13.

<sup>4</sup> HAYFORD, A. Y SASKATCHEWAN, R. *The geography of women: an historical introduction*, ANTIPODE, v. 6, 2, 1974, pp. 1-19.

acompañó en líneas generales el movimiento feminista anglosajón, que convirtió en un imperativo político la tarea de construir una perspectiva feminista con el fin de obtener el reconocimiento de su estatuto intelectual y con ello legitimidad en el medio académico. En ese proceso la elaboración teórica de la categoría de género fue la clave de un replanteamiento radical en los modos de interrogar el lugar de los sexos en la estructura social. Por un lado, la distinción conceptual entre género y sexo permitía socavar las bases epistemológicas y teóricas del determinismo biológico, al reconocer en lo femenino y lo masculino construcciones culturales que hombres y mujeres adquieren al insertarse en procesos sociales, y no derivaciones “naturales” de su sexualidad<sup>5</sup>. Por otro lado, la categoría de género abrió la posibilidad de indagar formas de simbolización y organización de las diferencias sexuales en las relaciones sociales, modos de inscripción constitutivos de todo el universo cultural en el cual hombres y mujeres son socializados.

Desde hace ya varios años existe un marcado consenso entre quienes realizan estudios de géne-

ro en geografía en utilizar indistintamente las denominaciones “geografía feminista” y “geografía de género”. Con ambos rótulos se quiere indicar la participación en un campo que, originariamente considerado como área de “estudios sobre las mujeres”, ha venido transformando sus objetos y sus enfoques a partir de la incorporación de la más compleja categoría de “género”. Desde mediados de los años ochenta se generaliza la idea de que indagar en la estructura de género de la sociedad requiere mucho más que documentar estadísticamente la participación de las mujeres en el mundo del trabajo, y que la perspectiva de género apunta a indagar las *diferencias originadas social y culturalmente entre lo femenino y lo masculino* en contextos histórica y geográficamente particularizados<sup>6</sup>. En la perspectiva de género se reconoce algo más que el examen de las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres, y se busca revisar la “masculinidad” y la “femeneidad” como construcciones culturales que no sólo se imputan a las personas en razón de su sexo, sino que también operan para marcar simbólicamente los comportamientos,

los objetos, los valores, las formas de ocio y de placer, los modos de mirar el mundo y de actuar en él. La última fase de esta elaboración conceptual es el de las particularizaciones que las relaciones entre los sexos y las inscripciones de género cobran en relación con diversas estructuras de relaciones sociales asociadas a otros planos de construcción de la diferencia y la desigualdad, según clases, etnias, edades, etc. Los debates actuales están fuertemente sesgados por las preocupaciones del feminismo anglosajón en torno a las revisiones pos-colonialistas; suelen subrayar los problemas vinculados a la articulación de las diferencias de sexo y género con las adscripciones de “raza”, y a asociar fuertemente este eje de diferenciación con la desigualdad de “clase”<sup>7</sup>.

Los estudios de género provocaron en el campo de la geografía reelaboraciones significativas en varios sentidos. En parte obligaron a repensar los modos de organización espacial en medios urbanos y rurales a partir de la revisión de la histórica disociación entre la esfera de la producción y la de la reproducción<sup>8</sup>. Esta disociación se encarnaba y reforzaba en una separación

<sup>5</sup> LAMAS, M. ob.cit. p. 10.

<sup>6</sup> GARCIA RAMON, M.D. *Para no excluir a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana*, BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN DE GEÓGRAFOS ESPAÑOLES, v. 9, 1989, pp. 27-48. (p. 29).

<sup>7</sup> KOBAYASHI, A. *Coloring the field: Gender, 'race', and the politics of field work*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 46, 1994, pp. 73-80; JACKSON, C. *Environmentalism and gender interests in the Third World*, DEVELOPMENT AND CHANGE, v. 24, 1993, pp. 649-667.

<sup>8</sup> Cfr. MONK, J. y HANSON, S. *On not excluding half of the human ni human geography*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 32, 1982, pp. 11-23; GARCIA RAMON, M.D., ob. cit.

temática tradicional en la geografía académica: mientras que la geografía económica abordaba un mundo naturalmente “masculino”, el mundo “femenino” se hacía visible sólo en la geografía social y en la llamada “geografía del bienestar”<sup>9</sup>.

Un segundo frente abierto por los estudios de género consistió en discutir las interpretaciones estereotipadas de lo femenino y lo masculino en las marcas del paisaje. En una revisión crítica de esa literatura, Liz Bondi encuentra que *las versiones profesionales y corrientes sobre el tratamiento simbólico del género y las formas arquitectónicas, involucran una interpretación biológica esencialista de las diferencias: (...) la masculinidad es reconocida en lo que es grande, sólido y poderoso, y en lo que es lineal y vertical” mientras que lo delicado y lo abovedado y todo lo curvo es codificado como femenino*<sup>10</sup>. Pero Bondi va más allá y cuestiona las asociaciones lineales que varios estudios que se dicen inspirados en la perspectiva de género asumen cuando pretenden denunciar las marcas de género en los paisajes rurales y urbanos modernos. La clave de su reflexión radica en alertar(se) sobre el origen patriarcal de nuestras representa-

ciones de “mujer” y “femeneidad”, que conducen a contestar las interpretaciones tradicionales de lo femenino con una nueva versión de “femeneidad esencial” cuya elucidación sería la misión del feminismo comprometido. Por otro lado, señala que aún cuando las feministas vengán desafiando esta interpretación, su estrategia ha sido muchas veces *reducir el simbolismo de género a una expresión no problemática de los intereses patriarcales*, y asumir que *las experiencias de las mujeres proveen la fuente de las representaciones correctas de la femeneidad*<sup>11</sup>.

Encuentro que esta crítica es extensible a un gran sector de la geografía feminista, y que la estrategia descripta evita considerar los conflictos que derivan de distintas formas de posicionamientos en relación con los debates de género. La identificación entre estudios de género y geografía feminista tiene como supuesto y como efecto una indistinción conceptual entre las categorías de género y sexo. Antes de adentrarme en el examen del modo en que estos intercambios semánticos se manifiestan en el debate metodológico, me interesa sintetizar mediante unos pocos ejemplos el modo en que la iden-

tificación entre femenino/mujer y masculino/hombre permite que se filtren en gran parte de las investigaciones elementos de una mirada androcéntrica o patriarcal sobre las identidades de género.

Tomo algunos ejemplos que me parecen paradigmáticos en cuanto a los efectos que produce una tenue discriminación conceptual entre las categorías de género y sexo. Cuando Dina Vaiou<sup>12</sup> aborda las relaciones entre lugar y trabajo en el caso de las mujeres en Atenas, la autora expresa su propósito de *identificar (...) las condiciones conflictivas y las experiencias de trabajo (...) que forman el contexto de la vida cotidiana en las mujeres y el campo de su lucha por redefinir las relaciones de género* (p. 124), y habla de *división del trabajo según el tiempo y el género* (p. 126) y de *composición sectorial y de género de la fuerza de trabajo* (p. 130), todas expresiones que designan las relaciones desiguales entre hombres y mujeres en la organización del trabajo doméstico. La sinonimia entre género y sexo a lo largo del análisis, permite que se deslicen conjeturas y presupuestos inadvertidos: por ejemplo, una imputación de femenino al trabajo doméstico donde

<sup>9</sup> GARCIA RAMON, M.D. *Género, espacio y entorno: ¿hacia una renovación conceptual de la geografía? Una introducción*, DOCUMENTS D'ANÀLISI GEOGRÀFICA, 14, 1989, pp. 7-13.

<sup>10</sup> BONDI, L. *Gender symbols and urban landscapes*, PROGRESS IN HUMAN GEOGRAPHY, v. 16 (2), 1992, pp. 157-170. (pp. 158-9)

<sup>11</sup> Ibid, p. 162.

<sup>12</sup> VAIYOU, D. *Hogar y lugar de trabajo: la experiencia de las mujeres en el desarrollo urbano de Atenas*, DOCUMENTS D'ANÀLISI GEOGRÀFICA, v. 19-20, 1992, pp. 123-140.

resulta difícil distinguir entre la perspectiva de los actores y la de la autora: *la división del trabajo por género en el hogar ... condiciona la vida diaria de las mujeres* (p. 136). El intercambio semántico entre “género” y “de la mujer” impide ahondar en el modo en que los mandatos culturales de género asumidos por hombres y mujeres potencian una relación desigual entre sexos, así como los modos en que la producción de estadísticas oficiales reproducen una cultura de género para construir información sobre el trabajo de hombres y mujeres, tema que la autora señala pero no desarrolla (pp. 131-132).

Los estudios reseñados en Monk y Hanson<sup>13</sup> orientados a *mostrar la diversidad de respuestas de las mujeres según su clase, grupo étnico y edad* en la construcción de la identidad con el lugar (p. 36), constituyen otro caso interesante del modo en que desde ciertas perspectivas feministas una investigación de género se identifica con una investigación de mujeres sobre mujeres: se documentan aspectos de la vida social de “las mujeres”, consideradas como grupo social, y se indagan las diferencias registradas al interior del grupo, definiendo sub-grupos según clase, lugar, etnia o edad. Este recorte supone que la

experiencia de “las mujeres” constituye una esfera de la vida social separada del otro sexo<sup>14</sup>, lo que tiene por efecto demarcar un campo de problemas de investigación donde ciertos interrogantes no parecen tener cabida; por ejemplo: ¿de qué modo las culturas de género construyen como femeninas ciertas representaciones o experiencias? ¿En qué modos intervienen las imágenes de lo masculino en la construcción de lo femenino? ¿Cómo intervienen en esa construcción las imágenes de lo femenino que circulan entre los hombres con los que esas mujeres interactúan en sus vidas cotidianas? De esta forma, es muy fácil que las características específicas imputadas al “modo femenino” de construir la identidad con los lugares, aparezcan naturalizadas como derivadas de una femeneidad esencializada en el “ser mujer”, aunque ésta no sea la intención ni la opinión de las autoras.

La indiferenciación conceptual entre género y sexo es todavía más llamativa cuando se produce en el marco de argumentaciones que se esfuerzan por decirla. El llamado de atención que intenta Isabel Dyck<sup>15</sup> sobre los problemas específicos de reflexividad en la investigación feminista es elocuente respecto de

esta tendencia. Dyck traduce esta problematicidad invitando a considerar “cómo el género del/la investigador/a es crucial en el acto de investigación” (p. 54); con ello identifica el sexo del/la investigador/a con una supuesta identidad de género, quitándole de hecho problematicidad a los procesos de constitución de la identidad de género en relación con las formas de simbolización y organización de la diferencia sexual. Varias geógrafas feministas han venido subrayando el sesgo etnocentrista que se aloja en este descuido conceptual, como lo admite Melissa Gilbert en sus comentarios basados en su experiencia de campo con mujeres afro-americanas: *Yo esperaba que estas mujeres tuvieran políticas de género muy tradicionales, y en cierta manera las tenían. Pero no estaba preparada para su feminismo, a pesar de que ellas no eligieran definirse a sí mismas en tal forma (...). Esto ilustra que (...) grupos diferentes de mujeres pueden definir el feminismo de muchas diferentes maneras*<sup>16</sup>.

Muchas recomendaciones se hacen oír en la literatura feminista para criticar el estatuto de “mujer” como categoría universal y reconocer las inscripciones de etnia, clase, edad y nacionalidad en la

<sup>13</sup> MONK, J. y HANSON, S. *Temas de geografía feminista contemporánea*, DOCUMENTS D'ANÀLISI GEOGRÀFICA, v. 14, 1989, pp. 19-30.

<sup>14</sup> SCOTT, en LAMAS, ob. cit., p. 13.

<sup>15</sup> DYCK, I. *Ethnography: a feminist method?*, THE CANADIAN GEOGRAPHER, v. 37, 1, 1993, pp. 52-57.

<sup>16</sup> GILBERT, M. *The politics of location: Doing feminist research at 'home'*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 46 (1), 1994, pp. 90-96. (pp. 92-93).

diversidad de experiencias y significados entre mujeres, es decir, para reconocer que la diferencia también opera entre mujeres<sup>17</sup>. Sin embargo, aún cuando se advierta que *la geografía feminista es un campo diverso y multifacético y que sus practicantes trabajan desde una variedad de perspectivas epistemológicas, políticas y metodológicas*<sup>18</sup>, la cuestión de cómo distintas mujeres -y hombres- construyen su identidad de género de manera compleja y articulada con otros planos de identidad, aparece todavía más como una declamación que como un supuesto rector en los estudios de género en geografía. Prevalece todavía una consideración lineal en la relación entre sexo y género -que a mi entender se expresa significativamente en el mantenimiento de la sinonimia entre “de género” y “feminista” para enmarcarse en un campo y en una perspectiva-, que tiene el efecto de ratificar los dualismos que el feminismo ha denunciado antes que de reformularlos. Precisamente, es en el seno de los debates metodológicos donde esta paradoja parece

acentuarse provocando ciertos alineamientos que pasamos a examinar.

## 2. La pregunta sobre el método como marca de identidad

La pregunta que Doreen Mattingly y Karen Falconer-AL-Hindí extraen de gran cantidad de trabajos inspirados en la perspectiva de género: *¿Qué métodos son apropiados para la investigación feminista?*, supone una afirmación anterior, a saber, que la investigación feminista reconoce métodos apropiados o inapropiados; en otras palabras, que existiría una atadura epistemológica entre una teorización de lo social y un modo particular de abordar sus objetos.

La polémica gira en torno a varios ejes, y tiene una historia que debe ser atendida para comprender los sentidos que constituyen el debate. En un primer momento, la tarea de tornar visible la intervención de las mujeres en distintas esferas del mundo social, obligó a jugar con la cuantificación para pro-

vocar una atención en las audiencias mayoritariamente masculinas- o masculinizadas- del mundo académico de los sesenta<sup>19</sup>. Este es el tipo de *investigación feminista empiricista* que S. Harding<sup>20</sup> identifica como una etapa de la historia del pensamiento feminista. Aquellas investigaciones basadas en técnicas cuantitativas no se proponían una crítica a los supuestos dominantes en la investigación científica, sino la elaboración de diagnósticos contundentes para señalar la pertinencia de constituir en objeto de investigación a las mujeres y sus prácticas.

Más tarde, la crítica post-estructuralista a las categorías fundantes de la modernidad llevó a convocar opiniones en torno al rechazo de la cuantificación, por entenderla demasiado apegada a las clasificaciones convencionales de lo social, entre las cuales hombre-mujer aparecía como la más “natural” de las divisiones naturalistas de lo real<sup>21</sup>. Si se reconocía que las mediciones operan sobre objetos preconstruidos que segmentan lo real a partir de una teoría social,

<sup>17</sup> SANDERS, R. *Integrating race and ethnicity in geographic gender studies*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 42, 1990, 228-231; KOBAYASHI, ob. cit.; McDOWELL, L. *Doing gender: Feminism, feminists, and research methods in human geography*, TRANSACTIONS OF THE INSTITUTE OF BRITISH GEOGRAPHERS, v. 17, 1992, pp. 339-416.

<sup>18</sup> MATTINGLY, D. y FALCONER-AL-HINDI, K. *Should women count? A context for the debate*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 4 (4), 1995, pp. 427-435. (p. 429).

<sup>19</sup> Ibid, p. 429.

<sup>20</sup> HARDING, S. *Conclusion: epistemological questions*, en: **Feminism and Methodology: Social Science Issues**, Bloomington, Indiana University Press, 1987.

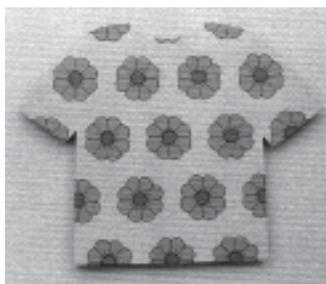
<sup>21</sup> Cfr. BOURDIEU, P. *Pensar en términos relacionales*, en: **Respuestas. Por una antropología reflexiva**, Bourdieu, P. y Wacquant, L.J.D., México, Grijalbo, 1995.

antes de contar a las mujeres había que interrogarse sobre todos los presupuestos que encerraba la definición de “las mujeres” como grupo social, y más aún, de “la mujer” como categoría universal. De esta manera, toda cuantificación apresurada se tornó sospechosa de una lectura sexista de lo real. Había entonces que concentrarse en la deconstrucción de las categorías sobre las que la ciencia positivista edificaba sus mediciones.

Es en el marco de esta búsqueda por despegarse de los modos tradicionales (dominantemente masculinos) de “ver” a las mujeres y de explorar la condición de lo femenino, que cobra relevancia la pregunta sobre los métodos de investigación más *apropiados para las cuestiones feministas y consonantes con sus valores y propósitos*<sup>22</sup>. En este apartado nos centraremos en uno de los caminos que ha tomado esta pregunta por el método y que a la luz de la literatura reciente aparece como central: el debate investigación cualitativa vs. investigación cuantitativa en la geografía feminista.

Las posiciones, tal y como se explicitan en el debate metodológico, podrían simplificarse en dos grandes alternativas:

(1) quienes afirman que los métodos cualitativos son más apro-



piados para abordar los problemas de investigación de la geografía feminista, variando enormemente los argumentos con los que se apoya esta convicción.

(2) quienes sostienen que los estudios feministas o de género admiten la utilización de ambos grupos de métodos y técnicas de investigación. Aquí también los argumentos con los que se defiende esta postura permitirán más tarde identificar posiciones diversas.

La discusión en torno a las alternativas técnicas más adecuadas para los estudios feministas remite a una mirada sobre las herramientas metodológicas anclada en las tradicionales asociaciones de lo femenino con lo subjetivo y lo emocional, y de lo masculino con lo racional y objetivo<sup>23</sup>. Victoria

Lawson ha señalado que *la tendencia a reforzar el dualismo cualitativo/cuantitativo* en la investigación feminista resulta *irónica, porque los estudios feministas han criticado y desechado muchos otros dualismos para exponer el proceso de alteridad que refuerza las relaciones de poder entre academia y sociedad, hombres y mujeres, hechos y opinión, etc.*<sup>24</sup>

Aún cuando comparto el desconcerto de Lawson, sospecho que esta paradoja es sólo aparente. Porque en la medida que se asuma que no existe un feminismo sino muchos, y que diversos feminismos pueden entrar en conflicto porque representan posiciones particulares, la contradicción se vuelve polémica, y se torna visible que las estrategias teórico-metodológicas no sólo remiten a aficiones intelectuales, sino que se articulan con los compromisos que las inspiran. Y aquí creo radica el principal equívoco de este debate, o planteado de otra forma, el verdadero eje del debate.

Mi impresión es que detrás de la pregunta sobre el método, diversas ecuaciones entre epistemología y política están midiendo sus fuerzas para terciar en un debate subterráneo, en el cual se está disputando una nueva versión de las identidades de género en relación

<sup>22</sup> McDOWELL, L., *Doing gender...*, ob. cit. p. 405.

<sup>23</sup> FOX KELLER, E. *La paradoja de la subjetividad científica*, en: **Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad**, Schnitman, D. F. (ed.), Buenos Aires, Paidós, 1994, p. 145.

<sup>24</sup> LAWSON, V. *The politics of difference: Examining the quantitative/qualitative dualism in post-structuralist feminist research*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 47 (4), 1995, pp. 449-457. (p. 451).

con una nueva tipificación de los grupos sexuados. Este debate aparece no tanto en las posiciones que se asumen en torno al debate cualitativo/cuantitativo, sino en los diversos argumentos que se ofrecen para sostener la propia posición dentro de ese debate. De esta forma, el esquema más superficial de posturas cualitativas o cuali-cuantitativas, se resignifica cuando se esquematizan las posiciones que emergen al argumentar la propia postura en el debate metodológico.

La afirmación de que la investigación feminista debe realizarse casi excluyentemente a partir de métodos cualitativos, se ha venido sosteniendo desde posiciones que voy a tipificar como *esencialistas* y *subalternistas*.

Las posiciones *esencialistas* tienden a asumir una identificación “natural” (desde el punto de vista ontológico o epistemológico) entre los atributos de la investigación cualitativa y los atributos de la femeneidad. Aquí suelen ubicarse quienes argumentan la necesidad de recurrir a métodos cualitativos en razón de una correspondencia

entre lo femenino de los métodos y lo femenino de las mujeres: *las mujeres han sido típicamente educadoras y cuidadoras entrenadas en el arte de escuchar y autorizadas en el saber sobre el otro (...) han estado más atadas al cuidado material de los cuerpos humanos, especialmente los de sus esposos y niños*<sup>25</sup>. Aún cuando se fundamenta en razones culturales y no biológicas esta natural inclinación de las mujeres a las características adjudicadas a los métodos cualitativos (subjetividad, emotividad, horizontalidad), se postula que *la conectividad social de las mujeres con los otros involucrada en sus prácticas cotidianas, ha promovido formas de conocimiento o epistemologías que son diferentes de las de los hombres*<sup>26</sup>. En la misma línea se ubican quienes se apoyan en el concepto de reflexividad en la investigación para postular que en la investigación feminista toda mujer es, por definición, una insider al campo<sup>27</sup>. En el plano de las teorías sustantivas, este feminismo esencialista se manifiesta en las versiones que Cecile Jackson encuentra en el ecofeminismo, corriente don-

de se asume un vínculo universal entre Mujer y Naturaleza<sup>28</sup>; y también en las representaciones ahistóricas de la “sensibilidad” de las mujeres que se derivan de una visión idealizada de la maternidad y la vida familiar<sup>29</sup>.

Muy distintas son las argumentaciones que aquí he llamado *subalternistas*. Parten de afirmar que *ciertos tipos de conocimiento han sido sojuzgados por las epistemologías derivadas de las formas masculinas de definir el conocimiento y de hacer ciencia*<sup>30</sup>, y que el objetivo primordial de toda investigación feminista debe ser el de sacar a la luz los saberes sojuzgados. Creo que éste es uno de los argumentos más seductores para sostener una preeminencia de los métodos cualitativos en la investigación feminista. Recuperando aspectos señalados por las epistemologías constructivistas y las críticas pos-estructuralistas a la ciencia moderna, se sostiene que los métodos cualitativos poseen la capacidad de deconstruir categorías de conocimiento que en la cuantificación aparecen ya, necesariamente, bajo la forma de tipos fijos o

<sup>25</sup> NAST, H. J. *Opening remarks on 'Women in the Field'*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 46 (1), 1994, pp. 54-66. (p. 55)

<sup>26</sup> Ibid, pp. 54-55; un comentario de estas posturas en McDOWELL, L., *Doing gender...*, ob. cit., p. 411.

<sup>27</sup> BILLSON, J. M. *The progressive verification method: Toward a feminist methodology for studying women cross-culturally*, WOMEN'S STUDIES INTERNATIONAL FORUM, v. 14, 1991, pp. 201-215.

<sup>28</sup> JACKSON, C., ob. cit.

<sup>29</sup> Cfr. SEGAL, L. **Is the future female? Troubled thoughts on contemporary feminism**, Londres, Virago, 1987.

<sup>30</sup> MOSS, P. *Focus: Feminist as method*, THE CANADIAN GEOGRAPHER, v. 37 (1), 1993.

congelados<sup>31</sup>. Atravesada por una estructura de relaciones sociales de dominación, la producción de conocimiento desde los lugares del poder conlleva intrínsecamente la desvalorización de los atributos imputados al sojuzgado, por lo que sólo haciendo participar activamente al subalterno en la producción de su propio saber -y los métodos cualitativos tendrían esta potencialidad- es posible romper con las representaciones dominantes.

El argumento es contundente, y recuerda al que inspiró en la década del '80 las "teorías de la resistencia"<sup>32</sup>. Sin renegar de una visión estructural como determinante de condiciones iniciales de desigualdad y dominación, este enfoque se proponía romper el inmovilismo al que conducían las teorías de la reproducción, ubicando el punto de vista en el lugar del subalterno, para rescatar las estrategias de resistencia y cambio que se desarrollaban en contextos específicos de acción social (por ejemplo la escuela o la fábrica). Muchos postulados feministas sugieren resonancias de estas posiciones: *La liberación del conocimiento sojuzgado es un objetivo político del feminismo. Las implicaciones de este propósito contestan los presupuestos del conocimiento científico al afirmar que el conocimiento*

*de los grupos oprimidos emerge sólo después de una lucha*<sup>33</sup>. En este punto McDowell sitúa la diferencia entre la reflexión sobre la cuestión de género que establece la antropología posmoderna, respecto de la que efectúa el feminismo<sup>34</sup>.

Sin embargo, creo que ciertas perspectivas feministas han derivado tres conclusiones sumamente discutibles de estos principios: 1) que existiría "un" punto de vista (sojuzgado) que es el de "las mujeres"; 2) que la iluminación y potenciación de este (único y homogéneo) punto de vista, es la tarea de un feminismo exclusivamente practicado por mujeres, en tanto insiders naturales del grupo social de las mujeres; y 3) que las técnicas cualitativas permiten que estos saberes y perspectivas emerjan de una manera "pura", no contaminada por visiones masculinizadas de las experiencias de las mujeres.

Esta es la perspectiva que a mi entender subyace en gran parte de quienes defienden la existencia de un *punto de vista feminista (feminist standpoint)* así como quienes proponen al feminismo como un *conocimiento mujer-centrado* (o "centrado en la mujer": *woman-centered knowledge*)<sup>35</sup>. Dyck identifica el propósito de

*crear resultados con conciencia de género (gender-aware accounts) y considerar la constitución de identidades de género con el objetivo de generar un conocimiento mujer-centrado*<sup>36</sup>. En un sentido similar Monk y Hanson han señalado que *estudiar a las mujeres como agentes o actrices que buscan conocerse a sí mismas, que conciben estrategias y toman decisiones (...) contribuye a mejorar el estatus de las mujeres. El hecho de estar situadas en el eje de la investigación fortalece el desarrollo del sentido de identidad, de la propia estimación, así como la capacidad para provocar cambios sociales*<sup>37</sup>.

Varios son los supuestos que emparentan, quizás indeseadamente, a estas postulaciones con los argumentos que hemos denominado esencialistas. En primer lugar, salta a la vista la identificación correspondiente entre género (femenino) y sexualidad (mujer), que de hecho supone algún tipo de identidad femenina intrínseca a la experiencia de "ser mujer". Adhiero en este sentido a la crítica que al respecto desarrolla Liz Bondi, cuando destaca que *la preocupación sobre qué hacen las mujeres realmente tiende a implicar que las experiencias de las mujeres proveen la fuente de las verdaderas*

<sup>31</sup> LAWSON, V., ob. cit., p. 450.

<sup>32</sup> Cfr. APPLE, M. **Educación y Poder**, Paidós, Buenos Aires, 1987.

<sup>33</sup> MOSS, P., ob. cit., p. 49.

<sup>34</sup> McDOWELL, L. (1992b) *Multiple voices: Speaking from inside and outside 'the project'*, ANTIPODE, v. 24, pp. 56-72.

<sup>35</sup> MOSS, P., ob. cit.; DYCK, I., ob. cit.

<sup>36</sup> DYCK, I., ob. cit., p. 56.

<sup>37</sup> MONK, J. y HANSON, S., *Temas...*, ob. cit., p. 35.

*representaciones de la femeneidad, de alguna manera inadulteradas por las visiones masculinas. Sin embargo, ninguna versión de la femeneidad existe fuera del discurso patriarcal*, que es el que ha construido una representación esencialista de lo femenino que se revelaría a la experiencia de toda mujer<sup>38</sup>.

En segundo lugar, estas aproximaciones desplazan el problema de cómo se construyen identidades de género entre mujeres de distinta posición social y étnica. La actitud “mujer-centrada” como estilo de aproximación a la estructura de género parece sostenerse sólo desde la situación particular de las *mujeres privilegiadas de la sociedad occidental*, hecho que para hacer justicia es admitido por algunas de estas mismas geógrafas feministas<sup>39</sup>. Es significativo que las principales críticas al feminismo “mujer-centrado” provengan de *mujeres de color y no occidentales*<sup>40</sup>. Ellas han llamado la atención sobre la escasa atención que este feminismo etnocéntrico ha dedicado a las formas en que la experiencia de la opresión de clase y de raza que ciertas mujeres comparten con ciertos hombres interviene en la construcción de su identidad de género. Es cierto que en casi todas las sociedades actuales las relaciones sociales están cruzadas por relaciones de poder entre sexos y que la asimetría se traduce en situaciones de desigualdad entre hom-

bres y mujeres. Pero no sé si es lícito desprender de ello que la tarea primordial de los estudios de género sea observar las situaciones de dominación hombre-mujer al interior de un grupo social étnica y económicamente homogéneo, en lugar de analizar la forma en que las relaciones de poder se resignifican al verse cruzadas por identidades de género y relaciones asimétricas entre grupos sexuales.

Más allá de estas consideraciones, estoy convencida que incluso en situaciones de alta opresión social las diferencias de sexos y las culturas de género son relevantes para la comprensión de la trama de relaciones sociales. El desplazamiento que cuestiono se produce cuando se elude considerar las identidades de género como una construcción cultural histórica y localmente específica, y cuando se suponen correspondencias lineales entre identidades de género y grupos sexuales. En otras palabras, aparece cuando se olvida interrogar, no sólo las categorías de mujer y femenino que hemos heredado de la ciencia moderna, sino las representaciones -a veces universalistas y etnocéntricas- que el feminismo académico anglosajón está construyendo sobre estas mismas categorías.

He tratado de mostrar hasta aquí que la prescripción de que la investigación feminista debe desarrollarse a partir de métodos cualitativos puede fundarse en argu-

mentos de tipo esencialista o subalternista; y que en el segundo caso puede o bien interpretarse la subalternidad esencializada en el “ser mujer” sin importar la trama de relaciones sociales, o bien recurrir a las herramientas del feminismo para abordar situaciones de subalternidad de hombres y mujeres. Todo esto hace que se estén proponiendo formas de conocimiento muy distintas según se argumente en favor de los métodos cualitativos desde una u otra postura; y que incluso así, en el análisis de cada planteo individual pueden leerse adhesiones -voluntarias o involuntarias- que a mi entender nos hablan de un debate pendiente entre feminismos diversos, donde se juegan posiciones políticas y epistemológicas sobre las relaciones entre género y sexualidad.

Muchos autores y autoras están planteando críticas a esa sujeción normativa a los métodos cualitativos que algunos estudios feministas parecen proponer. Aquí también cabe diferenciar desde dónde se contesta el vuelco hacia las téc-



<sup>38</sup> BONDI, L., ob. cit., p. 162.

<sup>39</sup> DICK, I., ob. cit.

<sup>40</sup> GILBERT, M., ob. cit. pp. 92-93; y Ramazanoglu, citado en DYCK, I., ob. cit.

nicas cualitativas impulsado por la crítica al positivismo. Porque no dicen lo mismo quienes proponen una utilización indistinta de ambos métodos eludiendo el debate epistemológico y político que proponen los/las cualitativistas, que quienes asumiendo las críticas realizadas al positivismo desde la primera postura, proponen una reapropiación de la estadística para los estudios de género y feministas.

En la primera opción encontramos por ejemplo a Karsten y Meertens<sup>41</sup>, quienes defienden una combinación entre ambos métodos por entender que los estudios feministas requieren *un equilibrio*, que recurra al “método ‘blando’, cualitativo y subjetivo para indagar en la experiencia e interpretación femenina de los procesos de cambio social, sin descuidar el cálculo cuantitativo que nos indique la magnitud de los fenómenos estudiados (p. 190). Con este razonamiento se colabora enormemente a fijar un falso dualismo (que ratifica un modo de pensamiento que se ha tildado de *moderno y masculino*, por el cual se reniega de lo subjetivo en las técnicas cuantitativas y de las *políticas de cuantificación* en las cualitativas<sup>42</sup>.

Distinta es la postura de quienes atendiendo a estas críticas se proponen un doble desafío; por un lado, desmontar la marcación de femenino que acarrera todavía la aproximación cualitativa; por otro lado, birlarle al positivismo su monopolio del uso legítimo del número, permitiéndose reflexionar y debatir en torno a otras alternativas de medición y de control de las técnicas involucradas en el procesamiento estadístico. A diferencia de las respuestas más tradicionales al feminismo “cualitativista”, este grupo comparte las críticas al positivismo de la ciencia moderna y asume las advertencias post-estructuralistas: *al contar uno debe categorizar, y en la categorización uno debe congelar en el momento*<sup>43</sup>. Pero discute con el cualitativismo acerca de las imágenes equívocas que se agazapan detrás de la resistencia a la cuantificación, señalando básicamente las asociaciones entre cualitativo-femenino y cuantitativo-masculino: *la especificidad histórica del lazo entre métodos cuantitativos y ciencia masculinista no ha sido suficientemente interrogada*, y muy poca discusión se ha dado sobre la idea de que *esta dupla sea histórica-*

**mente producida y no necesariamente inevitable**. Por otro lado, *existe una larga tradición de análisis cualitativos en geografía que encierran abordajes masculinistas de la producción de conocimiento*<sup>44</sup>.

Estas posturas proponen recuperar la contundencia del dato estadístico *descriptivo, no inferencial*<sup>45</sup>, ponderar *los grandes trazos de la diferencia, para proveer las bases de una práctica política informada, identificando personas y lugares para realizar estudios en profundidad*<sup>46</sup>. En la convicción de que *la estructuración y creación de relaciones de género plantea muchos interrogantes, algunos de los cuales pueden ser mejor respondidos usando técnicas cuantitativas*<sup>47</sup>, destacan *el poder político de las representaciones estadísticas de la opresión y el rol de la cuantificación en la revelación de los modos en que operan las relaciones de poder*. En este sentido, *las feministas también pueden contar desde algún lugar*<sup>48</sup>.

En el medio se ubican quienes recurren a la diferencia entre método y técnicas para superar el dualismo en el que estaba cayendo el feminismo mujer-centrado: Isabel

<sup>41</sup> KARSTEN, L. y MEERTENS, D. *La geografía del género: sobre visibilidad, identidad y relaciones de poder*, DOCUMENTS D'ANÀLISI GEOGRÀFICA, v. 19-20, 1992, pp. 181-193.

<sup>42</sup> MATTINGLY, D. y FALCONER-AL-HINDI, K., ob. cit., p. 432.

<sup>43</sup> Ibidem.

<sup>44</sup> LAWSON, V., ob. cit., pp. 450-451.

<sup>45</sup> MATTINGLY, D. y FALCONER-AL-HINDI, K., ob. cit., p. 432.

<sup>46</sup> McLAFFERTY, S. L. *Counting for Women*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 47 (4), 1995, pp. 436-442. (p. 437).

<sup>47</sup> STAEHELI, y LAWSON, V., *A discussion of 'Women in the Field': The politics of feminist fieldwork*, THE PROFESSIONAL GEOGRAPHER, v. 46 (1), 1994, pp. 96-102 (pp. 97).

<sup>48</sup> LAWSON, V., ob. cit., pp. 450-2.



Dyck se ha visto en la necesidad de aclarar que “métodos tales como la observación participante, las entrevistas, las historias de vida, (...) no son necesariamente feministas o no feministas; lo que hace que una investigación sea feminista es la visión del mundo o la orientación teórica que guía el marco conceptual de la investigación, sus preguntas...”<sup>49</sup>. Y Pamela Moss, introduciendo un número de la revista *Canadian Geographer* destinado a la discusión de “el feminismo como método”, ha explicitado su posición de que, aún aceptando la existencia de un “método de investigación feminista”, “las técnicas de investigación (...) pueden incluir una combinación de métodos cuantitativos y cualitativos”<sup>50</sup>.

Este acuerdo reciente en moderar un discurso feminista demasiado radicalizado hacia lo cualitativo, no debe desplazar la atención de lo que el debate metodológico ha sacado a la luz: la diversidad de perspectivas sobre las categorías de mujer, femenino y género que se proponen al terciar en la cuestión metodológica. En el siguiente apartado voy a realizar una segun-

da lectura del debate sobre el método en la geografía de género.

### 3. Releyendo el debate metodológico en la geografía feminista

Sin duda, la identificación entre feminismo y cualitativismo tiene su origen en el cuestionamiento que las teorías feministas -y en general, las teorías pos-estructuralistas- realizaron a los cánones de cientificidad consagrados por la ciencia moderna<sup>51</sup>. Se ha dicho que *el feminismo desafía las epistemologías tradicionales de formas válidas de conocimiento (...) redefine quien puede ser conocedor y qué puede ser conocido*<sup>52</sup>. Lo que no queda claro es hasta qué punto el razonamiento inverso es igualmente válido; en otras palabras, si la mejor respuesta a este modelo de ciencia predominantemente masculina es un proyecto de ciencia “femenina” que, como reflejo, reniegue de toda posibilidad de cuantificar.

Aquí parece cargarse con un plus de significado de género a las prácticas académicas que se realizan en nombre de las “perspectivas de género”. Porque aún cuando se reivindique al feminismo como el movimiento por excelencia que socavó las bases de una represen-

tación dualista de la humanidad armada sobre universales naturalizados, el dualismo reaparece en el seno mismo de las geografías de género que se posicionan abiertamente en una perspectiva feminista. Me gustaría entonces proponer a la discusión un elemento más para interpretar el modo en que se han venido constituyendo estos debates metodológicos, que se agregue a la interpretación de las posiciones epistemológicas y políticas revisadas.

En el intento de ciertas geógrafas feministas por apropiarse de los métodos cualitativos y distinguirse por intermedio de ellos, podría leerse un modo de buscar una marca de identidad para las propias geógrafas feministas, donde creo se realiza un cuestionable desplazamiento del problema de la legitimación de la diferencia en la construcción de identidades sexuales y de género, al problema de la legitimación del lugar de las mujeres y del feminismo dentro del campo profesional de la geografía. Creo que el afán por sustentar la existencia de *métodos y metodologías feministas de investigación* puede leerse también desde estas coordenadas corporativas<sup>53</sup>. En la práctica, esta reivindicación se traduce en la fórmula *la investigación feminista debería ser por, para y sobre las mujeres*<sup>54</sup>.

<sup>49</sup> DICK, I., ob. cit., p. 53.

<sup>50</sup> MOSS, P., ob. cit., p. 49.

<sup>51</sup> McDOWELL, L., *Multiple voices...* ob. cit.; FOX KELLER, E., ob. cit.

<sup>52</sup> MOSS, P., ob. cit., p. 49.

<sup>53</sup> Ibidem.

<sup>54</sup> GILBERT, M., ob. cit., p. 90.

El resultado de este desplazamiento es la imagen que a mi entender ofrece la cara más visible de la geografía feminista para quienes no se acercan al tema desde la militancia en el movimiento feminista: lo que aparece en la superficie es una disputa por una nueva definición normativa de la femineidad, en la cual las mujeres feministas se arrojan la única voz autorizada. La escasa participación de geógrafos varones que intervienen en este debate es un indicio que merece ser interrogado. ¿Cómo leer esta ausencia? A excepción de Linda McDowell, que la señala sin ofrecer interpretaciones<sup>55</sup>, muy pocas geógrafas feministas parecen preocuparse por examinarla.



Presiento que el rasgo que parece estar dominando al campo de la geografía feminista es el olvido teórico del Otro. Aún cuando en términos abstractos la visibilidad de lo diferente aparece como uno de los mandatos fundantes del feminismo como perspectiva teórica, la interpretación que se viene haciendo de este mandato parece volcarse a la producción de un saber de minorías, a pesar de que las mujeres no son una minoría ni un grupo social indiferenciado. Esta tendencia podría conducir a que las divisiones temáticas de campos de investigaciones respondan no ya a problemas conceptuales sino a problemas políticos de construcción de legitimidad para cada “minoría”: de allí que ante la colonización del campo de estudios de género por el feminismo mujer-centrado, se empuje a la construcción de una geografía gay y lesbiana -como si los problemas teóricos fueran diferentes por ser diferentes los grupos sociales construidos en torno a una identidad política y sexual-, y pro-

bablemente en un futuro cercano, de una geografía masculinista<sup>56</sup>. En este planteo se confunden los objetos teóricos con las poblaciones afectadas o identificadas con los problemas que los estudios de género exploran.

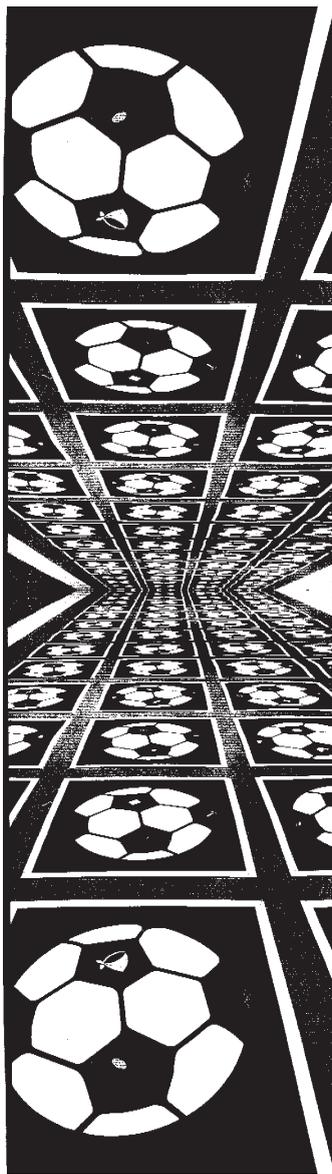
La reticencia a incorporar la interrogación por lo masculino y por las prácticas de los hombres como tarea propia de una perspectiva de género es, a mi entender, el resultado del amplio predominio de las perspectivas feministas *standpoint* y *woman-centered* en el planteamiento de los objetos y las preguntas que definen el curso de las investigaciones, y que reproducen en la práctica una concepción que piensa a lo femenino y lo masculino como resultados, culturales o naturales, de modos dicotómicos de experiencia atados a la diferencia sexual. Querría subrayar la observación de Françoise Collin en el sentido de que *aún un pensamiento que se desembaraza de la inscripción biologicomorfológica de los sexos para no pen-*

<sup>55</sup> McDowell expresa así su desconcierto frente a la identificación involuntaria en su propio discurso entre “mujeres” y “género”: “la asociación insatisfactoria de género con las contribuciones de las mujeres (se refiere a una coletánea sobre métodos cualitativos en geografía editada por J. Eyles), mientras que los hombres escapan como ‘ingenerados’ no debe haberse escapado al lector. Esto constituye una práctica demasiado común, relegando toda la discusión de género y de los ‘temas de las mujeres’ al ghetto de los abordajes feministas en geografía. No es mi intención continuar esta asociación, pero hasta el momento, desafortunadamente, tienden a ser las estudiosas femeninas en la disciplina quienes se muestran más atentas a las cuestiones que plantea la corporización del investigador” (MCDOWELL, L., ob. cit., p. 414, nota 3).

<sup>56</sup> Cfr. BOWLBY, S. & MCDOWELL, L. *The Feminist Challenge to Feminist Geography*, en: **Social Geography: Progress and Prospect**, Pacione, M., ed., Londres, Croom Helm, 1988.

sar ya lo femenino y lo masculino sino como categorías, independientes de su inscripción empírica (los hombres, las mujeres), continúa sufriendo la contaminación de ese dualismo que es preciso esforzarse por borrar<sup>57</sup>. Si la indiferenciación conceptual entre género y sexo conduce a que lo femenino se superponga (o se imponga) a las mujeres, la denegación de sus relaciones elude la problematización de las interacciones entre individuos sexuados. Ello colabora sin duda al mantenimiento de la asimetría y la desigualdad de las mujeres, ya que la actitud que hace de la diferencia de los sexos una diferencia indiferente, elude no sólo la figura de la dominación, es decir, la figura política que la atraviesa, sino también toda dimensión trágica de la relación sexuada (pp. 7-8).

Creo que esta mirada permite desplazarse de aquella visión promueve una epistemología y una metodología feministas en términos de armas para la lucha política<sup>58</sup>. La analogía de la lucha de sexos con la lucha de clases muestra una fisura importante: olvida que la dominación no es la única relación significativa entre los sexos: en la hipótesis de que fueran eliminadas las desigualdades y las discriminaciones, las diferencias de sexos



y de géneros seguirían siendo significativas en las relaciones sociales. La lucha por la igualdad de los sexos no es igual a la lucha entre los sexos, lo que coloca al feminismo frente a un conjunto de tensiones identitarias que fuerzan a reencontrar al Otro en cada movimiento de diferenciación y emancipación. La sugerente afirmación acerca de la dimensión trágica de la relación sexuada dibuja un horizonte más complejo para los estudios de género, donde las categorías no pueden sino ser pensadas como herramientas para la resignificación de la relación con el Otro. Collins ofrece una salida para desarmar la ficción de la identidad unívoca de ese Otro: *la cuestión de la diferencia de los sexos o del diferendo entre los sexos resiste a todo tratamiento teórico. Es del orden de la praxis. Hombre, mujer, no dependen de lo sustantificable, de lo definible del enunciado. (...) Hay diferencia, pero los diferentes no son esencializables. Las dos afirmaciones, "mujer no existe", o "mujer es esto", son similarmente especulativas y similarmente inquisitorias (...) La diferencia es teóricamente indecidible pero se decide y se redecide en toda relación*<sup>59</sup>.

Si hay algo que las perspectivas feministas introdujeron definitivamente en el debate académico,

<sup>57</sup> COLLIN, F. *Praxis de la diferencia. Notas sobre lo trágico del sujeto*, MORA, v. 1, agosto de 1995, pp. 2-17., p. 7.

<sup>58</sup> MOSS, P., ob. cit., p. 49.

<sup>59</sup> COLLIN, F., ob. cit., pp. 13-14.

---

es el reconocimiento de que los saberes se producen desde lugares específicos. *El desafío al que nos enfrentamos como investigadoras/es feministas* -resumen Staeheli y Lawson- *es incorporar la diferencia y reconocer la parcialidad y la situacionalidad de nuestros conocimientos en formas que no eludan las implicaciones políticas de estas posiciones*<sup>60</sup>. Sin embargo, el espacio abierto por este desafío parece clausurarse por la muralla que el discurso *mujer-centrado* del feminismo blanco anglosajón ha levantado. Si la geografía de género no encara como parte de su proyecto teórico la tarea de construir un nuevo discurso sobre la sociedad -y no sólo un nuevo discurso sobre la mujer-, podría quedar circunscripto a un saber y una práctica sólo significativos para mujeres feministas en posiciones dominantes.

## Conclusión

El propósito del análisis fue ordenar y clarificar los ejes del debate metodológico en el contexto de los estudios de género en geografía, y convertirlo en hilo conductor para interrogar los modos en que la utilización del lenguaje interviene en la construcción del senti-

do de las perspectivas de género dentro del campo de la geografía profesional. Las preguntas que orientaron la revisión de este debate fueron ¿Qué posicionamientos pueden leerse en los modos de situarse en el debate metodológico?, y ¿cuáles son las posiciones que se dirimen lateralmente en el marco de los debates metodológicos? En última instancia, me guiaba la convicción de que estas últimas son más sustanciales que las que pretenden distinguir a las voces de este debate en relación con el par cualitativismo/cuantitativismo.

La problematización de los conceptos de sexo y género como categorías sustantivamente distintas no compete únicamente a los juegos del lenguaje académico, sino a las herramientas con las que cuentan sujetos situados en relaciones sociales específicas de sometimiento y discriminación. Sólo a partir de una distinción teórica de lo que involucran ambas categorías se torna visible el hecho de que las desigualdades sociales en razón del sexo se ven cruzadas transversalmente por las diferencias simbólicas inscriptas por las marcas de género. Y que a partir de éstas últimas se valoriza, jerarquiza, segrega y domina no sólo en dirección hombres-mujeres, sino también en di-

rección hombres-hombres, mujeres-hombres y mujeres-mujeres.

El dilema entre métodos cualitativos y métodos cuantitativos dentro del campo de la geografía feminista y de género, está desplazando la atención que a mi entender debería dirigirse hacia un debate todavía poco encarado frontalmente: aquél que se adivina entre las distintas concepciones de feminismo, particularmente en torno a los modos de intervenir en la reformulación de las relaciones entre los sexos y de las categorías culturales de la femeneidad y la masculinidad. Esto tal vez nos lleve hacia la conclusión inevitable de que “geografía de género” y “geografía feminista” no puedan seguir postulándose como sinónimos, no sólo desde el punto de vista de sus connotaciones conceptuales, sino sobre todo en atención a los horizontes epistemológicos y políticos que se dibujan desde ambas posiciones. Las geografías feministas representan sólo algunas de las perspectivas que los estudios de género admiten como proyecto intelectual socialmente comprometido. Por eso, quizás entre las categorías que valga la pena empezar a desconstruir desde la geografía de género, haya que ubicar también la de “geografía feminista”.

---

<sup>60</sup> STAEHELI, y LAWSON, V., ob. cit., p. 99.